

El derecho a la diferencia y el deber de la semejanza

Con frecuencia, la problemática de la integración es tratada desde el punto de vista de la sociedad que acoge a los inmigrantes y mucho más raramente desde el punto de vista de los mismos inmigrantes. En Francia, país con larga tradición en oleadas migratorias, han sido elaborados modelos teóricos de integración por sociólogos de diferentes escuelas que han inspirado a los políticos. Sin embargo, el punto de vista de los inmigrantes sobre la integración difiere singularmente del de los especialistas de las ciencias sociales, lo que no deja de expresar una vivencia concreta y una opinión pertinente, que permite a los observadores comprender mejor la realidad de este proceso. Así, lo que llama la atención, en primer lugar, desde el punto de vista del inmigrante, es que éste pone fuertemente el acento en la dimensión local de la integración, y que asocia con facilidad integración y éxito personal.

En estos trabajos de campo, se cuenta el caso de un senegalés, sastre, que habitando en el extrarradio de Marsella, se consideraba así mismo bien integrado. Sin embargo, la parte esencial de su vida transcurría en un barrio donde no vivían prácticamente más que inmigrantes originarios de África del norte y de África negra. Todas sus relaciones, así como su clientela, estaban constituidas por inmigrantes, por lo que la suerte de encontrarse con un ciudadano francés, en su vida cotidiana, era prácticamente escasa.

Los investigadores, tras haber apreciado la paradoja entre su situación real y su opinión positiva sobre su propia integración, le preguntaron en qué podía sentirse bien integrado. A lo que él insistió, sobre todo, en el hecho de que era conocido por mucha gente y que contaba con numerosos amigos en el barrio, precisando que, desde que había llegado a Francia, había conocido un

éxito personal incontestable, puesto que de inmigrante sin papeles y, posteriormente, como trabajador clandestino en un taller de costura, al cabo del tiempo, había logrado regularizar su situación administrativa y había podido adquirir su propia tienda. Por tanto, se constató que el hecho de dominar imperfectamente la lengua francesa y de vivir en un barrio que, en Marsella, tiene la imagen de gueto, no parecía hacerle dudar de la realidad de su integración.

A través de este caso aparece la supremacía del criterio social sobre el criterio cultural en la integración. Lo que cuenta parece ser, en un primer momento, es estar en relación estrecha con su entorno social inmediato y ser reconocido por él como actor de la vida local, tal y como ésta se desarrolla diariamente. Este ejemplo revela la importancia de una cuestión simple, a primera vista, pero que, a menudo, se tiende a olvidar cuando se aborda la integración. Pero aún es necesario, para que ésta sea posible, que el medio social circundante esté lo suficientemente ordenado, con el fin de que las personas puedan encontrar el papel a desempeñar en función de reglas comunes a todo el mundo.

A primeros de los años ochenta, «inserción» es el vocablo rey, ya que remite a un Estado que no se compromete más que socialmente (escolaridad, Seguridad Social, empleo, alojamiento), y que no interviene en el terreno cultural ni en la vida privada. Dicha postura enseguida se reveló insuficiente, puesto que corría el riesgo, entre otros, de dejar que prosperasen los integrismos.

Desde los años noventa, la inserción ha sido abandonada en provecho de una política de «integración». Así la define el Alto consejo de integración: un proceso específico por el que se trata de suscitar la participación activa en la sociedad nacional con elementos distintos, aceptando la subsistencia de especificidades culturales, sociales y morales, considerando verdadero que la colectividad se enriquece con esta variedad y complejidad (1991).

Un estudio, realizado en el umbral de este siglo XXI, dice que hasta el comienzo de los años setenta, cerca de tres cuartos de la población inmigrante era originaria de países europeos (españoles, italianos, polacos). Posteriormente, va a producirse un giro mayor en el origen geográfico de esa población. Así, los argelinos, junto con los marroquíes y los tunecinos, forman con los portugueses las nacionalidades más representativas. En nuestros días, sobre un total de 4,20 millones de inmigrantes -incluyendo las personas que han adquirido la nacionalidad francesa-, el 55% son originarios de un país europeo. Los asiáticos (vietnamitas, camboyanos, chinos) representan el 8% del conjunto, y el 34% son africanos, entre ellos los emigrantes originarios del Magreb que forman más de un tercio de la población inmigrada. Luego, la parte correspondiente a los europeos es importante y la de los norteafricanos no ha aumentado tanto, como la de los asiáticos y la de los naturales de los países del oeste de África. Pese a estas cifras, existe un sentimiento de «invasión» de Francia por olas de emigrantes.

A pesar de las dificultades encontradas y de los dramas surgidos, las poblaciones inmigrantes han conseguido la integración a través de la educación, sobre todo en la segunda generación. Rápidamente ha ejercido influencia y afrancesamiento en el conjunto de la célula familiar. Igualmente, el compromiso político y sindical ha favorecido la integración, por pertenecer, mayoritariamente, al mundo obrero. En esta integración, hay que subrayar el papel determinante de la mujer -con frecuencia más «atenta» que el hombre-, en su contacto con el entorno.

¿Cómo casar diversidad y tolerancia, multiculturalismo y universalismo? ¿Cuál debe ser la responsabilidad de cada uno? Tal vez, la respuesta dependa en realidad de la historia de cada pueblo.

(*) Doctora de la Universidad Autónoma, autora de «Encrucijada de Literaturas magrebíes» y traductora

